

Libertad

Igualdad

Fraternidad

LA VOZ

Justicia

Progreso

Unión

ÓRGANO DE LA JUVENTUD REPUBLICANA
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En BEJAR: Un mes 0'25 ptas.; un trimestre 0'75 id.—EN EL RESTO DE ESPAÑA: Un semestre 2 ptas.; un año 4 id.—Número suelto 5 céntimos.—Atrasado 10.

PAGO ADELANTADO.
ADVERTENCIAS

No se devuelven los originales ni se admiten sin la firma y señas especificadas del autor.

Se publicarán los trabajos que lo merezcan y de ellos responderán sus autores, los cuales pueden emplear pseudónimo.

La correspondencia administrativa dirigida al administrador y la demás á la Redacción. Los trabajos y anuncios se enviarán siete días antes de la salida del número.
Redacción y Administración: José López Solano, 33, Béjar.

¿Qué hace falta?

Voy con las siguientes líneas á continuar una serie de mal hilvanados articulejos, por si con ellos pudiera conseguir dos cosas. La primera, hacer salir de su inexplicable mutismo á quienes con mucha más idoneidad que yo puedan con su reconocida competencia ampliar mis humildes conceptos induciendo y sentando incontrastables consecuencias á las premisas, que solo animado de mi buen deseo voy á esbozar. La segunda, que sería el *desideratum* es ver la manera de conseguir convencer y ayudado por los que arriba dejo aludidos persuadir á todos los que todavía no lo estén, que al epígrafe con que encabezo éste solo hay una categórica y terminante contestación. *La Revolución.*

Biensé que al llegar aquí, algunos saltarán el periódico, ó por lo menos pasarán á otro asunto diciendo que esto harto sabido és; y muchos dirán que cómo y con qué se hace. A unos y otros ruego tengan paciencia y sigan leyendo. A los primeros les diré, que á pesar de ser harto sabido para ellos y para mí, hay muchos que no opinan como nosotros; entre ellos nuestro ilustre Jefe.

Que bien sea por su fundada confianza en que los partidos monárquicos siguen en *crescendo* en sus desaciertos y desprestigio y que esto hace que la masa neutral esté cansada y abomine de ellos; que esa corriente de antipatías ayudada por nuestra parte con una enérgica y eficaz propaganda arrastre esas masas hacia nosotros y les haga ver, que las deserciones de su bando por un lado y las legales y múltiples obstrucciones del nuestro, por otro, les dificultan é impiden seguir gobernando y rendidos, tengan que regalarnos

el poder como ocurrió el 11 de Febrero hizo treinta y tres años. Bien que por un excesivo y refinado espíritu de caridad traten de evitar el derramamiento de sangre, preciosa de nuestra parte y de cieno por la de los que la tienen corrompida, (?) también quieren que la acción del tiempo se encargue de traernos la tan deseada *República* como se encarga de hacer florecer y fructificar los árboles. O bien finalmente porque pensando en un problemático é inseguro triunfo, podría una derrota acumular á los muchos que hoy padecemos nuevos y mayores vejámenes.

Pudiera también muy bien argüirse (y esto es preciso ponerlo en claro) que no somos en número bastante, ó que siéndolos no estamos disciplinados; que carecemos acaso de armas ó dinero suficiente y por último que necesitábamos contar con el apoyo del ejército. No creo, ó por lo menos desconozco, que los que no abogan por la pronta revolución puedan sumar más razones á las que dejo expuestas. A todas ellas y cada una de por sí voy á mi manera á hacer concreta refutación.

Se necesita ser cándido en extremo y estar dotado de más credulidad que un niño, para creer que los que son insaciables como nuestros gobernantes y los avaros, puedan nunca *dar* nada de lo que creen suyo, aunque ésto sea mal adquirido, y por ende les sobre. Nuestros gobernantes creen suyo, y por suyo lo tienen, el privilegio de explotarnos; de fomentar la ignorancia y poner trabas á la enseñanza para explotarnos mejor; de empequeñecernos y degradarnos ante las demás naciones, porque saben muy bien que pueblo pequeño, ignorante y pobre, es dócil y sumiso; que lleva la sumisión y el sufrimiento hasta la villanía, soportando que sus verdugos es-

griman el látigo sobre su rostro ó sus espaldas agobiadas por un excesivo trabajo, que no solo no le permite levantar con dignidad la frente para reflexionar, sino que no basta para cubrir sus más perentorias necesidades y las de sus hijos; en tanto este trabajo proporciona toda clase de comodidades á sus opresores á quienes cree debe ciega obediencia, sumisión y un tanto de veneración.

Esta supeditación voluntaria, hija de la ignorancia de muchos, la hipocresía de no pocos y la energía inquisitorial desplegada contra el que aisladamente trata de combatirlos, les hace creerse no solo lo suficientemente fuertes para sostenerse, sino inviolables. Si á esto aunamos su inconmensurable ambición de mando y riquezas, que solo pueden obtener con la monarquía, he aquí por qué á la forma monárquica de gobierno profesan ese amor y por qué la defienden con tanto ardor que por salvarla son capaces de sacrificar (como sacrificaron) nuestro poderío colonial, nuestro honor y nuestras vidas.

(Concluirá.)

GABRIEL MUÑOZ HERNÁNDEZ.

CRÓNICA

EL SELLO BURGUES

Había una serena alegría de mañana de Mayo en el camino hundido entre ringleras de chopos; brillaban en ellos indecisiones de sol y á mis espaldas escaloneabase Béjar, mostrando sus ventanales alineados en las fachadas de las casas superpuestas. Junto al puente curvabase la carretera de Candelario, desierta entonces, como un acero hiriente á la montaña, donde donde la nieve rosá-

base bajo el beso del alba pálida, que se asomaba tímidamente por entre los castaños.

Al llegar á la venta un cacareo celoso alborotó mi alma, despierta á la vida; quebrábase cerca la luz de la fuente en el remanso obscuro de la pila, y sobre un prado la silueta de un caballo negro rompía las blandas sinuosidades de la grama húmeda...

Abrió la puerta, la desgonzada puerta, silenciosamente, y el Palacio cortó brusco la perspectiva del paisaje. Frente al Palacio—pesadamente fosco—la casa del jardinero alzábase humilde, como rindiendo venia á la mansión noble que tendía un brazo—el brazo beato—que ostentaba, cual anillo, la esquila de la capilla cerrada entonces. Había todo un símbolo en aquellos dos edificios que dos épocas colocaron enfrente. Mudo, como panteón de lo que fué, cerrado, silencioso, con el color amarillento que pone los años, era el Palacio—con su soberbia vetustez—nido muerto y corazón parado. Ni una voz animábalo, ni unos pasos lo herían, ni una sombra lo manchaba; la sequedad y el vacío adormecíanse en su interior helado, y en su fachada, acorazada por escamas de tejas herrumbrosas de musgo, había huellas de lágrimas enverdecidas: ¡quizás las últimas que lloró la vida del Palacio! Muerto estaba frente á la casa pobre que bullía alegre. Allí había vida; un latido riente sonaba en ella, en un cantar deshecho y por la chimenea exhalaba el aliento humoso de la respiración casera y familiar.

Seguí, seguí andando. Apareció el estanque, el estanque señorial, trémulo, ondulado, engarzado por el sol de brillantes que los patos hacían saltar en su nadar sereno, con estelas que dibujaban ves de plata mate sobre el cristal aquíeto de las aguas, como un cliché del cielo ligeramente rosado por nubecillas blandas que fingían esbozos de mariposas.

¡Mansión de un noble gustador de la vida, adorador del arte, prodigador de luz; de un noble que hacía reír al agua en el gloglear del caño y gustaba de la música de los surtidores que encimeraban á las ricas fuentes en el chocar voluble de sus iris!

Hay una fuente, en el hoy melancólico Bosque, que es peltro en que la vida canta, luce y ríe; y seis chiquillos mofletudos é ingenuos se asoman curiosos y traviosos por el tazón, jugando á verter chorros sobre el poligonal estanque que el verdear de álamos en-

sombrece; y cada niño lanza en el choque su nota rítmica que sostiene como fascinados por el armónico calderón que ejecutan.

El bosque llora... Frente á la fuente de los niños los bancos se extienden engalanados á entrambos lados de la pilastra que muestra los escudos, como respaldo magno de un sillón de monarca.

¡Quizás en él descansaron los duques, mirando las ventanas de su mansión, ventanas amenazadas por letreros que borraron las lluvias! ¡Tal vez sobre la balaustrada del estanque descansaron brazos carnosos enseñados á estrechar dulcemente!

El iconoclastismo derrumbó bellezas en el Bosque de los antiguos duques.

Pensaba yo, allí, donde las gradas hacen cerco á la fuente rota, en toda aquella generación fuerte que conquistaba mundo y construía poesía; pensaba en aquellos duques que amaron á la vida y supieron gozarla refinadamente, en aquellos próceres que sembraban alamedas para pasear bajo ellas sus idilios y aprisionaban lagos para espejos de sus amantes. ¡Ah, que aquella raza merecía albricias! ¡Cuántas tardes amarían á la Naturaleza, que se desposaba con la nieve en la altura velada por nubes!

Seguí paseando. Rusiñol ha pintado el alma de un jardín de clorosis; corrayanes, mirtos, bojés y cipreses languidecen en él: ¡es un alma de física que vencida se siente!... ¿Qué hubiera dicho el pincel del catalán poeta ante este confidente, circular, misterioso, escondido?... Yo me descubro solo, sí, me arranco el sombrero porque aquel confidente es un ara santa; el ara del beso, el altar del abrazo, el arco de los ayes, la caja sonora de los *te adoro*, dichos en la tarde que se dormita púdica, celestina, afrodisiaca...

¿Por qué no han de revivir los duques galantes? ¿por qué no he de encontrarlos nuevamente? ¡Quizás en aquella revuelta, donde una fuente exhibe su desdentez semil, los descubras en una pareja muda unida por una cabeza que se apoya en un hombro...

Y sigo andando... Miro al estanque; los patos acuden. Busco á los cisnes de garganta de nácar... Bajo el agua brilla un plato roto.

¡Ah! ¿por qué levanté la vista?... El ensueño se ha roto!... Hay allí, en medio del estanque algo insólito, algo bárbaro, algo ridículo...

Sí, ese kiosco de hierro, ese kiosco vulgar, raquíteo, grotesco, como jaula de loro, es, el sello, el

sello del amo, el sello burgués que clava sus uñas como marca de fábrica.

¡Ah! ¡los duques han muerto! No volverá á gritarse: ¡vivan los duques!... La burguesía puso su puzo en Apis... ¡Pobre Bosque!

MAXIMILIANO M. MONJE.

¿QUÉ FUÉ?...

Sr. D. Simón González.

Muy señor mío: Es el alma siénto no conocerle personalmente, conozcole de nombre por varias personas que han puesto á gran altura los méritos literarios de usted y su afición por todo lo que sea arte. Esta última circunstancia me impulsa á dedicarle el siguiente cuento, rogándole lo acepte como prueba de admiración.

He aquí el cuento:
Vivía en un pueblo, de cuyo nombre no recuerdo, un sacerdote, arcipreste del lugar, que tuvo la mala ocurrencia de llevar como ama á una mujer cuya pasada historia no tenía nada de honorable. Feliz y tranquila vivía la mística pareja, cuando he aquí que el secretario del Ayuntamiento le vino en ganas conquistar al ama que no tardó mucho en caer en los brazos del secretario tenorio.

Duró el idilio algunos meses, sin que el fuego de los amantes se entibiara. Seguía el cura diciendo su misa diaria sin sospechar la infelicidad de su seráfica duella, seguía el secretario despachando documentos, fraguando cuentas falsas y cuantas trapisondas suelen ser de uso común entre aquellos empleados que solo miran aumentar su bolsillo, y todo hubiese proseguido tranquilamente á no ocurrir un lance que puso carne de gallina á entrambos amantes.

Y fué que ella se sintió embarazada. Cuando el secretario lo supo dióse á todos los diablos, maldiciendo la hora en que se prendió de tan fecunda querida. Un niño ¡ahí es nada! ¿Qué iba á hacer con él? Reconocerle valía tanto como echarse una carga pesada; olvidarlo fuera cosa fácil de contar con la anuencia de ella—cosa bastante difícil—; casarse con la madre equivalía á ahorcarse para toda la vida.

Estos y otros pensamientos bullían en la mente del secretario, que no acertaba á librarse del apuro, pasando noches y noches intranquilo y nervioso. Pero no era el hombre de ahogarse en tan

...ca agua. Pronto fueron volvien-
do á su pecho las antiguas ener-
gías y perfectamente tranquilo
resolvió salir de aquel tropiezo de
cualquier forma, aunque ésta de-
sara mucho que desear en cuanto
honradez.
Una noche resolvió consultarlo
con el maestro de escuela. Contó
éste su historia ligoramente y
concluyó por preguntarle:
¿Qué hago?
—Casarte con ella.
—¿Cómo? Una mujer perdida.
—Cuando tú la hiciste querida
tornaste á perderla.
—No, eso no sirve. Yo he pen-
sado que ella le diga al cura que
el hijo es suyo.
—¿Qué infamia! ¡Mira, allá tú!
Y se separaron el secretario y
el maestro.
No dejó aquel de proponer á su
amante lo que dijera al maestro,
consiguiendo solo una rotunda ne-
gativa de ella, que le puso de ca-
nalla y cobarde, amén de otras
lindezas por el estilo.
Y entonces fué cuando germinó
en su mente la idea del abortivo.
Llevó adelante su proyecto?
Consintió ella? No se sabe; ello
fué que el ama del cura no tuvo
ningún hijo y que ella y el secre-
tario viven tan respetados como
temidos, sin que la justicia haya
intervenido en el asunto; ¡que no
siempre los canallas van á presi-
dior!

M. M. MONJE.

DE INDUSTRIA

Béjar, nuestra madre Béjar, lla-
mó cierto día á los fabricantes
más adinerados. Les habló de la
siguiente manera:
—Ya veis, queridos hijos, que
asi estoy en la agonía. Os he ci-
tado para ver si encontrais un
medio de darme vida. Yo he sido
siempre una madre cariñosa para
con todos mis hijos y he sido pró-
diga con algunos de ellos; con vo-
sotros... Cuando estuve en la opu-
lencia, repartí á manos llenas todo
mi caudal; unos fuisteis más afor-
tunados que otros y amasasteis en
vuestras areas los que ahora sois
ricos, todo cuanto yo tiraba. Todo
el que sea bejarano, es mi hijo; es
vuestro hermano;... formais parte
de mi ser, lo mismo el rico que el
pobre. No me puedo conformar
conque unos nadeis en dinero y
otros no tengan que llevarse pan
á la boca... No quiero decir con
esto, prosiguió nuestra madre,
que repartais lo que teneis bien
ó mal adquirido, no; lo que quie-

no de vosotros es que ya que los
que aquí reunidos sois los que me
habeis desangrado, me ayudeis á
dar vida á vuestros otros herma-
nos y así me la dais á mí. ¿Os pa-
rece mucho pedir hijos míos?
—¡Madre! contestaron algunos.
¡Parece que nos recrimina usted!...
—No, hijos, no. No os recrimino.
Tan solo os he hecho ver que vo-
sotros sois los únicos que me po-
deis evitar que muera.
—¿Y de qué modo, madre?
—Pues muy sencillamente hijos.
Estadme atentos... Creo yo que
cuantos más beneficios recibí uno
de una persona, más obligado está
á guardarla consideraciones...
—Eso desde luego...
—¡Pues bien! Yo os he benefi-
ciado mucho y ahora me cedo con
derecho de exigiros que me benefi-
ciéis á mí. ¿De qué modo? Deján-
doos de tantas idas y venidas á
Madrid; de tanto jugar á la bolsa;
de tanto comprar papel del Estado;
de tanto comprar dehesas... Todo
ese capital que empleáis fuera de
vuestra población, me resta á mí
fuerzas. Empleadle en vuestras
fábricas. Emprended industrias
nuevas; imitad á algunos de vues-
tros hermanos que hacen lo posi-
ble por salvarme de la ruina...
—¡Madre! si no tenemos obreros.
—Para vosotros nunca hay nada.
Obreros hay de sobra y más po-
deis tener. De la clase de Tejidos
de la Escuela Superior de Indus-
trias han salido cinco jóvenes que
tal vez hoy se encuentran sin tra-
bajo. Inteligentes muchachos, que
se afanan por aprender, y que
durante un año, y sin arredrarles
las crudas noches de invierno,
concurren á la clase para seros
provechosos. Utilizad los servicios
de esos jóvenes.
Premiad su constancia con dar-
les trabajo. Confíad en ellos y ve-
reis como dentro de poco tiempo
vuestras fábricas habrán tomado
otro rumbo.
—¡Madre! dijo uno: ¿Sabe usted
que tiene razón en cuanto ha di-
cho?... yo prosiguió, voy á seguir
su consejo y desde ahora prometo
un puesto en mi casa á uno de los
alumnos y ofrezco veinte pesetas
para que se repartan en premios.
—¡Muy bien hijo; muy bien!
—Todos nosotros, contestaron
los restantes, ofrecemos igual can-
tidad y nos comprometemos á em-
prender industrias nuevas.
—Así sea, hijos, así sea... Ya
reanimo. =EQUIS.

LAS MONJAS DE LAGUNILLA

En el importante y republicano

pueblo de Lagunilla hay un hos-
pital, llamado de Santo Domingo,
que ofrece la rara particularidad
de ser albergue de sanos, ó por
mejor decir sanas, pues ya hace
quizá veinte años (sobre poco más
ó menos) que no se conoce en di-
cho pueblo que haya entrado en
él algún enfermo.
No hace mucho que pasó por
Lagunilla un obrero enfermo de
bastante gravedad. Pidió entrada
en el hospital pero las «purísimas»
que guardan á éste no le admitie-
ron, sin duda por estar muy ocu-
padas, teniendo dos vecinos que
llevarse al enfermo en dos sacos
de paja á otro pueblo. ¡Qué enfer-
meros más vividores y más sinver-
güenzas, sin corazón! dirán los
plácidos lectores y en verdad que
tendrán razón.
Pero ¡oh! terror! los... enferme-
ros resulta que son cuatro hermo-
sas y místicas monjas cuya ama,
digo, cuya madre abadesa regen-
tea el hospital.
Recientemente, cuando llevaron
á Lagunilla la bandera de la
«Unión Republicana» que costea-
ron los correligionarios del pueblo,
fueron á esperarla triunfalmente
todos los vecinos y vecinas, dán-
dose innumerables vivas á... la
Niña, etc., etc., distinguiéndose las
primeras en esto las mujeres. ¡Qué
sacrilegio! Al día siguiente cuando
fueron á oír las lecciones de las
monjas estaban éstas bramando
«cual furiosos toros» y despotri-
cando santamente contra los repu-
blicanos. «No sé como dais vivas
á la República y á los republica-
nos cuando de seguro que no ha-
beis visto en misa á uno tan
siquiera. ¡Ni tan siquiera han te-
nido la atención de visitarnos!—
¿Qué os han dado á vosotras?» de-
cían las monjitas. Mas de pronto
levántase una jovencita y airada-
mente las respondió, con el bene-
plácito y aplauso de las demás:
—Pues hermana, damos vivas á
la República porque los republi-
canos quieren mucho á todos y
nos dicen muchas cosas buenas
para nuestro bien; lo que no ha
hecho el señor obispo que solo
nos decía que nos daba la gloria.
—¡«To»!...
Y con estas razones enmudecie-
ron las monjas y al día siguiente
rióse el pueblo entero. (Salmansca)
¡Ole! por las republicanas her-
mosas y de «rumbo».
A. N. P.

En el número próximo insertaremos un
extenso artículo de nuestro redactor Esre
sobre las escuelas del distrito de la Corre-
dera.

BEJAR.—Est. Tip. de S. Sánchez.

SECCIÓN DE ANUNCIOS

Á LOS TENDEROS

En la Administración de este periódico se vende papel para envolver.

DISPONIBLE

Julían Macías

(a) Clarito

Ha establecido al alcance de todos «CAFÉ ECONÓMICO» donde se expende toda clase de bebidas con limpieza, equidad, esmero y economía.

Calle Mayor esquina a Aló'eria

DISPONIBLE

INOCENTE GARCIA

comisionista, residente en Puente del Congosto (Salamanca) vende máquinas de coser y bordar géneros de punto. Especialidad en la de hacer medias; máquinas de escribir sistema «Adler».

Todas se venden á plazos y al contado y se enseña á bordar gratis. Bicicletas y motocicletas sal más ligeras y económicas. Pídanse catálogos gratis al representante en ésta

Provincia de

Sr. D.

ELOY GONZÁLEZ